

Estos son excelentes medios para adquirirlo y conservarlo. ¿Queréis otros? Escuchad la voz de Dios: ¿Nuestro corazón, decían entre sí los dos discípulos que iban á Emmaüs, no estaba abrasado cuando nos hablaba (J. C.) durante el camino y nos descubría el sentido de las Sagradas Escrituras? *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas?* (Luc. XXIV. 32).

Mi corazón se inflama de amor, y cierto fuego le devora cuando medito, dice el Real Profeta: *Concubuit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis.* (XXXVIII. 4).

La pureza del corazón es un medio perfecto de amar á Dios: Mi Amado se alimenta entre las azucenas: *Dilectus meus pascitur inter lilia.* (Cant. II. 16).

Conjuroos, hijas de Jerusalem, exclama la Esposa de los Cantares, si encontráis á mi muy Amado, decidle que desfallezco de amor: *Adjuro vos, filie Jerusalem, si inveneritis Dilectum meum, ut nuntietis ei, quia amore langueo.* (V. 8). ¡Oh! ¿quién me diera, exclama de nuevo, hallaros y abrazaros? Entonces mis enemigos me respetarán. (VIII. 1). El deseo es pues un medio muy eficaz para atraer hacia nosotros el amor de Dios y conservarlo.

La fe nos hace amar á Dios. Ahora, dice S. Agustín, amamos creyendo lo que hemos de ver: cuando estemos en el cielo, amaremos viendo lo que hayamos creído: *Nunc diligimus credendo quod videbimus: tunc diligemus videndo quod credimus.* (De Spiritu Sancto).

El temor del Señor es un medio seguro de amar á Dios. El temor excita, dice S. Agustín; pero el amor cura las llagas hechas por el temor: *Timor stimulat; sed caritas sanat quod vulnerat timor.* (Homil. ad pop.). Es absolutamente necesario, dice S. Basilio, que el temor obre y sea como el introductor de la piedad: la caridad llega despues. *Necessario velut introductorius ad pietatem timor assumitur: dilectio vero deinceps.* (Epist.).

El alma encuentra á Dios por medio de la fe y de la esperanza; le posee por la caridad: si está ausente, lo encuentra por el deseo; si presente, lo detiene por la alegría; le descubre y le conserva por la paciencia; le posee por el consuelo.

Es menester perseverar en buscar á Dios y desear amarle, pues es un medio cierto de llegar á él. Buscad al Señor, y seréis fuertes; buscadle siempre, dice el Rey Profeta: *Querite Dominum, et confirmamini; querite faciem ejus semper.* (Civ. 4). Dios, dice San Agustín, debe ser buscado sin fin, porque también ha de ser amado sin fin: *Deus est sine fine querendus, quia sine fine amandus.* (Lib. de Civit.).

¿Deseamos tener caridad? Dirijámonos al Espíritu Santo, que es el Dios del amor; porque, como dice S. Pablo á los Romanos, la caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que hemos recibido: *Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis.* (V. 5).

AMOR AL PRÓJIMO.

La caridad no es otra cosa que la buena voluntad, dice S. Agustín: *Quid aliud est caritas quam bona voluntas?* (De Morib.)

Por su esencia, la caridad, dice S. Juan Climaco, tiene tanta semejanza con Dios, cuanta pueden percibir los mortales. Por su eficacia, es una especie de embriaguez del alma; en fin, sus propiedades son ser el fundamento de la fe, y el sosten de un alma paciente. (Grado 5.º).

Amaréis al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y todo vuestro espíritu, dice Jesucristo en S. Mateo. Este es el más grande y el primero de los mandamientos. (XXII. 37—38). Pero hé aquí el segundo, semejante á aquel: Amaréis á vuestro prójimo como á vosotros mismos: *Diligis proximum tuum sicut te ipsum.* (XXII. 39). En estos dos mandamientos se encierran toda la ley y los Profetas: *In his duobus præceptis universa lex pendet et Propheta.* (XXII. 40).

Jesucristo dice en el Evangelio, segun S. Juan: Hé aquí mi precepto: Amad los unos á los otros: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem.* (XV. 12). Toda la ley, dice S. Pablo á los Gálatas, está contenida en esta única sentencia: Amad á vuestro prójimo como á vosotros mismos: *Omnis lex in uno sermone impletur: Diligis proximum tuum sicut teipsum.* (V. 14). Permanezca en vosotros el amor hacia vuestros hermanos, escribe este apóstol á los Hebreos: *Caritas fraternitatis maneat in vobis.* (XIII. 1).

Ante todo, dice el apóstol S. Pedro, mantened constante la mutua caridad entre vosotros, porque la caridad hace perdonar la multitud de los pecados: *Ante omnia in vobis metipsis caritatem continuam habentes.* (I. IV. 8). Ejercitad entre vosotros la hospitalidad sin murmurar.

Haga cada cual servicios á los demás, segun el dón que haya recibido, como fieles dispensadores de las diferentes gracias de Dios. (I. IV. 9-10). S. Juan en su primera Epístola, al hablar del mandamiento de amar á Dios y al prójimo, dice: Lo que os escribo, no es un mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo. (II. 6). Este mandamiento fué dado á Adán y á todos los hombres en la ley natural, así como á los ángeles, desde el principio de su creación. Y siguiendo hablando del amor á Dios y al prójimo, el mismo apóstol añade: Os doy un mandamiento nuevo. (I. II. 8). Y lo califica así:

1.º A causa del nuevo peso que le imprime el nuevo legislador Jesucristo, y aun por razon de la nueva elusion de la caridad y de la gracia venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés.

2.º Por razon del nuevo pueblo que está llamado á practicarlo en un grado más elevado; hablamos del pueblo cristiano formado de hombres cobijados ántes por la sombra de la muerte.

3.º Porque un nuevo misterio ha sido propuesto á nuestro amor, el misterio de la encarnacion del Verbo y de la nueva union de los fieles en él. Union tal por su naturaleza, por la gracia y los sacramentos, que debemos amar á los cristianos no sólo como á nuestro prójimo á causa de Dios, sino como á nuestros hermanos y á los miembros del mismo jefe Jesucristo hecho hombre. Y como el amor de Jesucristo hácia nosotros ha sido inmenso, nuevo y desconocido; porque dice: Amaos los unos á los otros como yo os he amado: *Diligatis invicem sicut dilexi vos.* (Joann. XIII. 34).

Por la encarnacion de Jesucristo estamos obligados á un nuevo amor, á un amor más grande que ántes, sea porque estamos más íntimamente unidos con Dios y nuestros hermanos, sea por razon de los beneficios nuevos é infinitos cuyo principio ha sido para nosotros la encarnacion. En efecto; por la encarnacion, hemos entrado en relaciones y en una union nueva primero con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y luego entre nosotros mismos. Tenemos pues nuevos motivos para amar. Por la encarnacion, el Verbo hecho hombre ha tomado nuestra carne y ha sido nuestro hermano; el Padre tambien ha sido Padre de una manera nueva, ora de Jesucristo hecho hombre, ora de los cristianos hermanos suyos; en fin el Espíritu Santo se ha derramado enteramente en nosotros, y un nuevo precepto de amor ha sido dado por Jesucristo á fin de que los hombres se amen mutuamente, no sólo como parientes por Adán, sino como miembros del cuerpo de Jesucristo.

4.º El mandamiento del amor llámase nuevo á causa del nuevo modelo de amor que se ha presentado al mundo: hablamos de Jesucristo, que por amor ha dado su sangre, su vida y toda su humanidad para la salvacion de los suyos. Pesad cuán poderosos son los motivos de caridad que Jesucristo nos ha dado en toda su vida, haciéndose hombre, naciendo en un establo, trabajando, predicando, sufriendo y muriendo por nosotros.

3.º Es nuevo el precepto del amor á causa del nuevo fin que se nos ha propuesto, porque por este medio Jesucristo ha querido hacer de nosotros hombres nuevos, hombres celestiales y no de la tierra.

Escuchad á S. Bernardo: Os doy, dice Jesucristo, un nuevo mandamiento. ¿Cómo nuevo? ¿Acaso recientemente inventado? No; porque este amor estaba prescrito en el Antiguo Testamento. ¿Cómo es pues que sea nuevo? Es nuevo porque renueva lo que es antiguo, y porque de los hombres del pasado hace hombres nuevos. Es nuevo porque nos despoja del hombre viejo y nos reviste con el carácter del hombre nuevo, que ha sido creado según Dios en la santidad, la justicia y la verdad. Es nuevo porque el género

humano, poco há desterrado del paraíso, entra cada día en el cielo. (*Serm. V. in cena. Dom.*)

La caridad nos renueva, dice S. Agustin, á fin de que seamos hombres nuevos, herederos del Nuevo Testamento, cantando un cántico nuevo, y nos reúne como á un pueblo nuevo: *Dilectio ista nos innovat, ut simus homines novi, hæredes Testamenti Novi, cantores canticæ novi, facit et colligit populum novum.* (In Epist. I. S. Joann.). El nuevo precepto ha cambiado la antigua vida de los vicios en una vida nueva, dice S. Gregorio. (*Homil. XXXII. in Evang.*)

6.º El mandamiento del amor es un mandamiento nuevo, porque ha sido dado el último, á saber, cuando Jesucristo se separó de sus discípulos para ir á morir en la cruz.

7.º Es nuevo en razon de sus efectos, porque produce obras nuevas, la conversion del mundo pagano etc. Distingue el Nuevo Testamento del Antiguo: el Antiguo era un testamento de temor hecho para servidores: el Nuevo es un testamento de amor hecho para hijos.

El precepto de Jesucristo consiste en amarnos mutuamente, dice el Discípulo muy amado: *Et hoc est mandatum ejus, ut diligamus alterutrum.* (I. iii. 23). Si Dios nos ha amado tanto, prosigue, estamos obligados á amarnos los unos á los otros. Queridos hermanos míos, amémonos los unos á los otros, porque la caridad viene de Dios: *Carissimi, diligamus nos invicem, quia caritas ex Deo est.* (I. iv. 7). *Si sic Deus dilexit nos, et nos debemus alterutrum diligere.* (I. iv. 11).

El Señor ha mandado á cada uno que tome cuidado de sus semejantes, dice el Eclesiástico: *Mandavit unicuique de proximo suo.* (XVII. 12).

La caridad es para los hombres lo que un piloto es para un buque, lo que un gobernador para una ciudad, lo que el sol para la tierra. Como el cuerpo se disuelve cuando sale el alma, así tambien las virtudes abandonan el alma cuando la caridad no existe. Una casa que pierde sus cimientos, se derrumba: la caridad es el cimiento de las virtudes; si ésta llega á faltar, las virtudes desaparecen.

Escuchad al apóstol S. Juan: El que diga: Amo á Dios, y no ame á su hermano; es un mentiroso; porque el precepto de Dios quiere que el que ame á Dios, ame tambien á su prójimo: *Si quis dixerit quoniam diligo Deum, et fratrem suum oderit, mendax est. Et hoc mandatum habemus á Deo, ut qui diligit Deum, diligit et fratrem suum.* (I. iv. 20-21).

Todo animal ama á su semejante, dice el Eclesiástico: *Omne animal diligit simile sibi.* (XIII. 19).

Una onza de caridad vale más que una libra de victoria, dice el cardenal Belarmio. (*In Psal.*). La caridad tiene dos pies, dice S. Agustin, tened cuidado de no andar cojos; estos dos pies son los preceptos

del amor de Dios y del prójimo. Con ellos, corre hacia Dios. (1).

El que tiene caridad, dice S. Basilio, posee a Dios; por consiguiente, el que tiene odio, alimenta a Satanás en sus entrañas. (2).

Si nos amamos mutuamente, Dios está con nosotros, dice el apóstol S. Juan: *Si diligamus invicem, Deus in nobis manet.* (I. IV. 12).

Cuando amais a los miembros de Jesucristo, dice S. Agustín, amais a Jesucristo; cuando amais a Jesucristo, amais al Hijo de Dios y al Padre. Escoged lo que quereis amar, lo demás vendrá despues. (3). Ved, dice el mismo Doctor, aquella viuda de que nos habla el libro de los Reyes (IV. 4): En tanto que tuvo aceite en su propia vasija, no tuvo bastante ni para ella ni para sus acreedores. Así el que no ama más que a sí mismo, no puede ni bastarse ni pagar lo que debe por sus pecados. Pero cuando empieza a derramar el aceite de la caridad en los vasos del prójimo, entonces tiene suficiente para sí mismo y paga las deudas que ha contraído. Tal es la naturaleza de la caridad cristiana y fraternal, que se aumenta con sus dónes, y cuanto más se derrama más se acrecienta. Si dais el pan de la caridad, os quedará entero, y aunque lo partieseis con todos los hombres, nada os faltaria: *Panem caritatis si dederis, integer manet, si universo mundo largiri volueris, nihil tibi deficit.* (Serm. CCVI). Aún más: no sólo no os faltará nada, sino que lo que deis a los otros, os producirá un gran beneficio. (4). Porque la caridad es un bien tan grande, que puede pertenecer a uno sólo, y ser al propio tiempo de todos. (5). Habiéis dado a los demás, y no ha disminuido por esto vuestro tesoro, sino que al contrario, recibiréis centuplicado cuanto disteis. (6).

Me gustan tres cosas, dice el Señor en la Sagrada Escritura; y estas tres cosas las apruebo yo, y las aprueban los hombres: La concordia entre los hermanos, el amor al prójimo, y los esposos perfectamente unidos. (7).

La caridad, dice Ricardo de S. Víctor, es la vida de la fe, la fuerza de la esperanza y la médula de todas las virtudes. Arregla la vida, inflama el corazón, dirige las acciones, corrige los excesos, funda las costumbres; es propia para todo, y todo lo domina,

(1) Caritas deos habet pedes, noli esse claudus. Qui sunt duo pedes: duo precepta dilectionis Dei et proximi; istis pedibus curare ad Deum. *In Psal. xxxiii.*

(2) Qui caritatem habet, Deum habet; sic, qui odium habet, diabolum in se nutrit. *Homil. de Ira.*

(3) Elige tibi quid diligas, sequantur cetera. *Homil. ad pop.*

(4) Uno non solum non deficit, sed omnium aliorum quibus largitus fueris, lucrum tibi multiplex crescit. *Serm. cxcvi.*

(5) Quia tanta est possessio caritatis, ut et singulis tota sit, et omnibus integra esse possit. *Serm. cxcvii.*

(6) Aliis destitisti, et ut nihil penitus perdidisti; imo quicquid aliis a te collatum est, tu centupliciter accipies. *Serm. cxcviii.*

(7) In tribus placitum est spiritui meo, que sunt probata coram Deo et hominibus: concordia fratrum, et amor proximorum, et vir et mulier sibi bene consentientes. *Eccl. xxx. 1. 2.*

hasta Dios. Es valerosa en la adversidad, y más fuerte todavía en la prosperidad: desprecia las caricias y hace gozar inefables e incomparables dulzuras. Está libre de toda mancha, ignora la corrupción, tiene una gran firmeza, domina los sentidos, es el principio de las buenas acciones, el fin de los divinos preceptos, la muerte de los pecados, la virtud de los combatientes, la palma de los victoriosos, el arma de las almas santas, la razón del mérito y la recompensa de los justos. Es ventajosa a los penitentes, dulce y amable a aquellos que adelantan en la perfección, un principio de gloria para los que perseveran, y de victoria para los mártires; es útil a todos los hombres, haciendo vivir todo lo que sea bien. (*Lib. Anima.*)

El hermano ayudado de su hermano se parece a una ciudad fuerte; el lazo triple se rompe con mucha dificultad, dice el Eclesiástico: *Frater qui adjuvatur a fratre, quasi civitas triplex difficile rumpitur.* (IV. 12). Feliz es el hombre que se compadece y da prestado al pobre, y que dispensa sus palabras con discreción; porque este tal jamás resbalará, dice el Salmista: *Jucundus homo qui miseretur et commodat, disponet sermones suos in iudicio; quia in eternum non commovebitur.* (CXI).

La caridad, sabedlo, es un dardo penetrante que se dirige a los enemigos, los abate, y hace de ellos amigos suyos. La sabiduría del mundo se engaña torpemente queriendo vencer a un enemigo por el odio, las amenazas y los golpes; es más bien inflamar su ardor y empujarle a nuevas hostilidades. El verdadero medio de calmarle, es amándole y colmándolo de beneficios. San Crisóstomo, comentando aquellas palabras de Jesucristo: *Todo cuanto deseis que las hombres os hagan, hacedselo*; dice muy oportunamente: ¿Deseais recibir beneficios? Sed bienhechor. ¿Deseais que os alaben? Alabad a vuestro prójimo. ¿Deseais ser amado? Amad. ¿Quereis ocupar el primer lugar? Cededlo primero a otro. (1).

San Agustín, a propósito de aquellas palabras de los Cánticos: *El amor es fuerte como la muerte*; dice: Es imposible expresar con mayor magnificencia la fuerza de la caridad. Porque ¿quién es el que resiste a la muerte? Podemos resistir al fuego, al furor de las olas, a la espada, a los poderes, a los reyes; pero viene la muerte, y ¿quién puede presentarle resistencia? Ella es más fuerte que todas las cosas: *Nihil illa fortius.* (De Laude caritatis). Por esto se compara con ella el amor al prójimo. La caridad, en efecto, destruye lo que hemos sido para hacernos lo que no éramos; de un hombre malo, detestable, hace un hombre bueno y amable. La caridad, dice S. Lorenzo Justiniano, es una coraza impenetrable; no cede an-

Fuerza de la caridad.

(1) ¿Vis beneficia capere? Confer beneficium alteri. ¿Vis laudari? Laudat alium. ¿Vis amari? Amas. ¿Vis partibus primis potiri? Cede illas prius alteri. *Homil. xiii. ad pop.*

te la espada; embota las flechas, se rie de los peligros, triunfa de la muerte, y todo lo vence. (1).

La caridad une á los hombres.

Revestidos, como escogidos que sois de Dios, santos y amados, dice S. Pablo, revestidos de entrañas de compasion, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriendoos los unos á los otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro: así como el Señor os ha perdonado, así lo habeis de hacer tambien vosotros. Pero sobre todo mantened la caridad, la cual es el vinculo de la perfeccion. (*Coloss. III. 12-14*). (2).

El nombre de hermano no debe ser una palabra sin sentido.

Desde el momento en que un miembro padece, dice S. Pablo, todos los demás padecen á la par; y si un miembro recibe honra, todos los demás se alegran con él. Sois el cuerpo de Jesucristo, y miembros unidos á otros miembros. (3). Por consiguiente, debeis sufrir con los que sufren, y alegraros con los que se alegran. Así quedan estrechados los corazones. La caridad une á todos los hombres como el cuerpo está unido con el alma y como los miembros del cuerpo lo están entre sí. En el cuerpo del hombre hay varios miembros; cada uno tiene su funcion, cada uno su aptitud; ninguno trabaja para el sólo, se ayudan mutuamente, porque pertenecen á un mismo cuerpo. Cada uno está contento con su funcion, ninguno quiere otra; el más vil no envidia el más noble, la mano no tiene celos de los ojos, los pies no piden desempeñar las funciones de la cabeza; sino que entre todos existe una union perfecta. Viven en paz, sufren juntos, se alegran y se socorren mutuamente. El amor al prójimo produce en la sociedad análogos efectos.

Tened cuidado, dice S. Pablo, de conservar la unidad del espíritu con el vinculo de la paz, siendo un sólo cuerpo y un sólo espíritu, así como fuisteis llamados á una misma esperanza de vuestra vocacion. (4).

Hermanos míos, decía S. Bernardo, por más que me falseis, he resuelto amaros siempre, aunque no me amaseis. Me uniré á vosotros aunque sea á pesar vuestro. Estoy ligado con vosotros por medio de una cadena indisoluble, por el lazo de una caridad sincera, aquella caridad que siempre dura. Si me insultais, seré paciente; inclinaré mi cabeza ante las injurias y venceré con mis beneficios. Acudiré al socorro de los que rehusen mis cuidados, col-

(1) Caritas est impenetrabilis lorica; respiciit gladium, inculca excutit, periculum insulat, mortem irritat, vincit omnia. In *Ligno Vitæ; de caritate*, c. xiii.

(2) Caritatem habete, quod est vinculum perfectionis. *Coloss.* iii. 14.

(3) Si quid petitur unum membrum compatitur omnia membra: si gloriatur unum membrum, congaudent omnia membra: Vos estis Corpus Christi, et membra de membro. I. *Cor.* xii. 26-27.

(4) Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis. Unum Corpus, et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe. *Ephes.* iv. 3-4.

maré de beneficios á los ingratos, honraré á los que me desprecian (1), porque los unos somos miembros de los otros. (2).

Oiga yo siempre decir en mi ausencia, escribe el grande Apóstol á los Filipenses, que tenéis un mismo espíritu, trabajando de consuno en extender la fe. (3). Haced que mi alegría sea colmada, permaneciendo todos unidos, no teniendo más que un mismo amor, un mismo espíritu y los mismos sentimientos. No hagais nada por espíritu de contencion ni de vanagloria; crea, ántes al contrario, cada cual que los demás son superiores. Esté cada cual á la vista, no de sus propios intereses, sino de los de los demás. (*Philipp. II. 2-4*).

Es el argamasa que une las piedras de un edificio; el argamasa que une á los hombres es la caridad. Por ella tiene cumplimiento lo que dice S. Pablo á los Gálatas: *Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi*. Llevad la carga unos de otros, y así cumplireis la ley de Jesucristo. (*VI. 2*). Llevad la carga, esto es, los pecados y las miserias del prójimo, y aliviad por medio de la compasion, de la oracion y de la limosna. No se te haga pesado el visitar al enfermo, dice el Eclesiástico, pues con tales medios se afirmará en ti la caridad: *Non te pigeat visitare infirmum, ex his enim in dilectione firmaveris*. (*VII. 39*).

Bajo la inspiracion de la caridad, se ocultan los defectos. Séd mutuamente afables, compasivos, perdonándoos los unos á los otros, así como tambien Dios os ha perdonado á vosotros por Jesucristo, dice S. Pablo: *Misericordes donantes invicem, sicut et Deus in Christo donavit vobis*. (*Eph. IV. 32*).

Es preciso no olvidar nunca, dice S. Agustín, que no hay falta humana que todos no podamos cometer, si nuestro Criador nos abandona. (4).

Hermanos míos, dice el Apóstol á los Gálatas, si alguno ha caído por sorpresa en algun pecado, vosotros que velis espiritualmente, tened cuidado de levantarle con dulzura, considerándoos á vosotros mismos, y temiendo ser tentados como él. (5).

Anhelaba, dice con su heroica caridad S. Pablo á los Romanos, anhelaba yo mismo el ser apartado de Cristo por la salud de mis hermanos, que son mis deudos segun la carne: *Optabam ego ipse anathema esse á Christo pro fratribus meis*. (*IX. 3*). Me alegro de sufrir por vosotros, escribe á los Colosenses: *Gaudeo in passionibus pro vobis*. (*I. 24*). Ved su inmensa caridad para los Tesalonicenses:

Cuanto grandes y nobles que se originan de la caridad.

(1) Vincere iurgis, vincere obsequis, invitis prestabo, ingratis adjiciam, honorabo et contemnentes me. *Epist.* cclli.

(2) Sumus invicem membra. *Ephes.* iv. 25.

(3) Audiam de vobis quia statis in uno spiritu, unanimes collaborantes. *Philipp.* ii. 27.

(4) Nullum peccatum est quod unquam fecerit homo, quod non possit facere alter homo, si desit Creator á quo factus est homo. *Soliloq.*, c. xv.

(5) Fratres, et si preoccupatus fuerit homo in aliquo delicto, vos qui spirituales estis, huiusmodi instruite in spiritu lenitatis, considerans teipsum, ne et tu tentaris. *VI. 1*.

Desaba ardientemente, les escribe, no sólo anunciarnos el Evangelio, sino dar mi vida por vosotros: *Cupide volebamus tradere vobis, non solum Evangelium Dei sed etiam animas nostras.* (I. n. 8).

Hallándose en el destierro el santo varón Tobías, visitaba todos los días á los de su parentela, les consolaba, les prodigaba, todos los socorros que estaban en su mano: daba pan á los que tenían hambre; á los pobres vestidos; á los muertos sepultura; y esto á pesar de la sentencia de muerte fulminada contra él: desgracia que se había traído con su valerosa caridad. (I. 19-20).

El pueblo de Dios había de tal manera irritado al Señor con un crimen enorme, que su destrucción estaba ya resuelta. Al momento Moisés, obedeciendo á la caridad que le abrasaba, se desbizo en súplicas; se presentó como un obstáculo al ejercicio de la divina justicia, y él mismo se ofreció como víctima de expiación para su pueblo: Señor, díjole, perdonad á este pueblo, ó borrade de vuestro libro. (*Exod. XXXVII.*) ¿Quién dará agua á mi cabeza, exclama Jeremías, y hará de mis ojos dos fuentes de lágrimas para llorar día y noche la muerte que se ha dado á tantos moradores de la hija de mi pueblo, ó de *Jerusalen*? (1).

Sufro con vosotros, hermanos míos, dice S. Cipriano, participo de vuestros dolores, estoy enfermo con los enfermos; mi amor hacia mis hermanos afligidos me hace tomar parte en sus angustias. (2).

La verdadera caridad no se detiene ni por las largas distancias, ni por los trabajos, ni por los peligros, ni por los sacrificios, ni por las amenazas, ni por los tormentos, ni por la muerte. Ved á esos misioneros que dejan padres, casa y patria para ir á regiones lejanas y desconocidas á exponerse á todas las privaciones, á mil persecuciones y á mil muertes para salvar las almas. ¿Qué les lleva á tantos y tan nobles sacrificios? La caridad..... Vedles en tiempo de hambre, en medio de la devastación de la peste..... Considerad á las hermanas de S. Vicente de Paul, y á tantos otros..., en los calabozos..., en las cárceles, etc.

Escuchad lo que S. Fulgencio dice de S. Esteban, primer mártir, y modelo de caridad: Esteban tenía la caridad por arma, y con ella quedó victorioso. Con la caridad resistió á los judíos que le apedreaban: con la caridad tuvo fuerzas para rogar por sus verdugos: con la caridad venció á Saul, su cruel perseguidor, y mereció tenerle por compañero en el cielo. (*Serm. in S. Steph.*). La caridad infinita de Dios á los pecadores fué la causa de la encarnación, de los trabajos, de los sufrimientos y de la muerte de Jesucristo.

La caridad borra los pecados.

La caridad borra la multitud de pecados, dice el apóstol S. Pedro: *Caritas operit multitudinem peccatorum.* (I. iv. 8). La caridad cubre

(1) Quis dabit oculis meis fontem lacrymarum, et plorabo die ac nocte interfectos populum meum? IX. 4.

(2) Dolere, fratres, vobiscum; cum singulis copulo pectus meam, cum jacentibus jacere me credo, cum prostratis fratribus, et me prostravit affectus. *Epist. ad Mareyres.*

todas las faltas, dicen los Proverbios: *Universa delicta operit caritas.* (X. 12).

La codicia había tomado grandes proporciones, y la caridad había desaparecido: la caridad vuelve, y la iniquidad desaparece, dice S. Agustín: *Creverat cupiditas, et perit caritas; redit caritas, et perit iniquitas.* (Sentent.).

Si cumplis la ley reina de todas las leyes, según la Escritura, y amais á vuestro prójimo como á vosotros mismos, haceis una obra excelente: *Si legem perficitis regalem secundum Scripturas: Diliges proximum tuum sicut teipsum; bene facitis.* (Jacob. II. 8).

La ley reina de todas las otras, es la caridad: 1.º Porque va al frente de las virtudes; las arentaja en calidad, en esplendor y en magnificencia; es la más perfecta de todas. 2.º La caridad es reina, porque debe reinar sobre todos los hombres, y constituye su más rico y más glorioso ornamento. Por esto Jesucristo no dirige más que una pregunta á Pedro: ¿Pedro, me amas? La caridad es obligatoria hasta á los pobres, á los bárbaros, á los enemigos. Así como el firmamento envuelve toda la tierra, la ilumina, la calienta, la fecunda, la vivifica por medio del sol, la refresca con lluvias bienhechoras y con dulces rocíos, la caridad todo lo abraza y lo contiene; á todos hace bien; ilumina, calienta, fecunda y vivifica los corazones, hasta aquellos que están llenos de odio y de vicios; con su dulzura y su bondad ablanda y fecundiza los corazones más ingratos, más agostados y más estériles. Sigue su marcha por un camino real, sin rodeos, sin apartarse á derecha ni á izquierda. Por ella, todos los justos y todos los Santos llegan al cielo. 3.º La ley de caridad es reina, porque es la primera y principal ley de Jesucristo, Rey de los reyes. 4.º Es reina, porque es superior á los reyes y á los tiranos, á las amenazas y á los suplicios.

¡O caridad, la más grande de las virtudes, virtud real y más poderosa que todos los magnates del universo! La caridad repara sin armas y sin efusión de sangre las devastaciones causadas por las armas, los odios, el orgullo, la ambición y la crueldad. Ella practica muriendo lo que los tiranos prohíben bajo pena de muerte, triunfa inmolando á los suyos; convierte á los mismos perseguidores y á los verdugos.

5.º La ley de la caridad es reina, porque es inviolable y eterna: *Caritas nunquam excidit.* (I. Cor. XIII. 8).

6.º La caridad es reina, dice S. Bernardo; atrae y cautiva todos los afectos, como un rey querido que manda á una nación entera y la sujeta con sus larguezas y sus numerosos beneficios. (*Serm. in Cant.*).

7.º Es reina, porque no obedece jamás á las penas y al trabajo como una sirvienta, sino que elige como dueña: así se expone á los sufrimientos, á las hogueras, á los cadalsos y á la muerte. Hace fácil y dulce todo lo que es difícil y amargo.

La caridad es el compendio de toda ley; es la reina de las leyes.

8.º Es reina, porque hace reyes á los que la poseen; les hace reinar sobre el prójimo, sobre ellos mismos y sobre Dios.

9.º Es reina, porque son suyos todos los bienes, todas las dignidades y todas las grandezas.

Cualquiera que haya guardado toda la ley, dice el apóstol Santiago, si quebranta un mandamiento, viene á ser reo de todos los demás: *Quicumque totam legem servaverit, offendat autem in uno, factus est omnium reus.* (II 10).

¿Y cómo es esto? Porque, dice S. Agustín, hiere la caridad, de la que depende toda ley, porque la caridad es el principio y la base de todas las leyes y de todas las virtudes. (*In Psal.*)

Todos los preceptos se hallan en gérmen en la caridad, dice S. Gregorio: *Omnia præcepta sunt in radice caritatis.* (Moral.). Como un hereje que no creyendo un artículo de fe, pierde la fe, no sólo en lo relativo á este artículo, sino en lo relativo á todos los otros, así también el que viola una sola ley, viene á ser como si las violase todas, ofendiendo la caridad, que es el fundamento de toda ley.

Dicha de los que practican la caridad.

La caridad hace de todos los hombres una sola familia perfectamente feliz. ¡Qué bueno es, qué dulce ver que los hermanos habitan juntos! exclama el Real Profeta: *Eecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum.* (CXXII. 4). La caridad fraternal es como el perfume derramado sobre la cabeza de Aaron que va destilando por su respetable barba y descendiendo hasta la orla de su vestidura, como el rocío que cae sobre el monte Hermon, como el que descendiendo sobre el monte Sion. Así descendiendo sobre la caridad la bendición del Señor, y el don de la vida que se prolonga hasta la eternidad. (Psal. CXXXII. 2-3). *Quoniam illic mandavit Dominus benedictionem, et vitam usque in sæculum.* (CXXXII. 3).

Quien ama á su hermano, dice S. Juan, en la luz mora, y en él no hay escándalo: *Qui diligit fratrem suum, in lumine manet, et scandalum in eo non est.* (I. II. 10).

El que practica la caridad fraternal, está en paz con Dios, con el prójimo y consigo mismo. El cielo y la tierra le bendicen.

Cualidades de la caridad.

La caridad debe ser: 1.º Universal...; 2.º Continua...; 3.º Fuerte y activa...; 4.º Liberal y abundante...; 5.º Cordial y sincera... Tal ha sido la caridad de Jesucristo para nosotros....

Hé aquí las cualidades de la caridad, según S. Pablo: 1.º Es paciente...; 2.º Es dulce y bienhechora...; 3.º No es envidiosa...; 4.º No es temeraria ni precipitada...; 5.º No se enorgullece...; 6.º No es ambiciosa ni busca sus propios intereses...; 7.º No se ofende ni se agria...; 8.º No piensa mal...; 9.º No se alegra de la injusticia, sino que se alegra de la verdad...; 10. A todo se acomoda...; 11. Todo lo cree...; 12. Todo lo espera...; 13. Todo lo soporta...; 14. Jamás tendrá fin: *Caritas patiens est, benigna est; caritas non æmulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambiciosa,*

non querit que sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati; omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet. Caritas nunquam excedit. (I. Cor. XIII. 4-8).

El primer medio de tener caridad, es la humildad.... El segundo medio, es renunciar á nuestra voluntad propia.... El tercer medio, es preferirla á todo.... El cuarto, es ser paciente.... El quinto, es esforzarnos en calmar las impaciencias y las iras de los otros, y sufrirlas....

Medios de tener caridad.

ÁNGELES.

Hoy ángeles y existen en gran número.

La Sagrada Escritura atestigua la existencia de los ángeles. Muchos pasajes, tanto del antiguo como del nuevo Testamento, lo comprueban.

El número de los ángeles es muy grande. Si alguien tiene cien ovejas, dice Jesucristo, y una de ellas se extravía, ¿no deja á las noventa y nueve restantes en la montaña, y no corre á buscar la que se ha extraviado? (*Math. XVIII. 12*). Por las noventa y nueve ovejas, los Santos Padres entienden los ángeles que han perseverado, y por la oveja perdida entienden al género humano. ¡Cuán grande es pues el número de los ángeles, puesto que son comparados con las noventa y nueve ovejas!

Hoy nueve coros de ángeles.

Hay nueve coros de ángeles, nombrados y distinguidos en la Escritura: los Angeles, los Arcángeles, los Tronos, las Dominaciones, las Virtudes, los Principados, las Potestades, los Querubines y los Serafines.

Los ángeles están justificados por su fe en Jesucristo.

Los ángeles son también las ovejas del Hijo del hombre. Es su salvador y no su redentor, como lo es de los hombres, porque los ángeles no han pecado. Pero por él han merecido los ángeles todas las gracias y toda su gloria, esto es, su elección su predestinación, su vocación, todos los recursos suficientes, preventivos, concomitantes y eficaces; es el principio de su mérito y el aumento de su gracia y de su gloria. Habiendo los ángeles tenido una fe viva en Jesucristo hecho hombre, han sido justificados por esta fe. Así hablan algunos teólogos.

Hermosura de los ángeles.

Habiendo salido Tobías, hallóse con un joven de deslumbrante hermosura que llevaba ceñidos sus vestidos como un viajero pronto á ponerse en camino. (*Tob. v. 5*).

En los libros de los Macabeos se ve también descrito el esplendor de los ángeles. Varias veces, habiéndose aparecido los ángeles en la antigua ley, los hombres los tomaban por el mismo Dios y querían adorarles.... ¡Tan hermosos eran!

En el cielo, los ángeles forman la corte del Rey de los reyes; están rodeados de hermosura y de gloria como de un espléndido vestido.

Felicidad de los ángeles.

Los ángeles de los párvulos ven siempre la faz de mi Padre que está en los cielos, dice Jesucristo. (*Math. XVIII. 10*).

Parecía que yo comía y bebía con vosotros, dijo el ángel á Tobias padre é hijo; pero yo uso un alimento invisible y una bebida

que los hombres no pueden ver: *Videbar quidem vobiscum manducare et bibere; sed ego cibo invisibili et potu, qui ab hominibus videri non potest, utor.* (*Tob. XII. 19*).

El ministerio de los ángeles de la guarda consiste: 1.º en alejar los peligros, ya del alma...; 2.º en iluminar, en instruir y en inclinar á buenos pensamientos, á piadosos deseos y á obras santas...; 3.º en impedir que los demonios subieran malos pensamientos, en alejar las ocasiones de pecado y en ayudar á vencer las tentaciones...; 4.º en ofrecer á Dios las oraciones de aquellos que ellos protegen...; 5.º en rogar por ellos...; 6.º en corregirlos si pecan...; 7.º en asistirles en la muerte, fortificarles, ayudarles, consolarles, etc...; 8.º en conducir sus almas al cielo después de la muerte, y si van al purgatorio, en acompañarlas allí y consolarlas hasta que se hallen libres. El universo tiene un ángel de la guarda; cada nación, cada ciudad, cada parroquia, cada casa, cada particular tiene también el suyo.

El Señor, dice el Salmista, ha mandado á sus ángeles que os guarden en todos vuestros caminos: *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.* (*XC. 11*). Os llevarán en sus manos, no sea que vuestro pié tropiece con alguna piedra: *In manibus portabunt te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum.* (*XC. 12*).

Ved ahí, dice el Señor en el Exodo, que enviaré mi ángel que os preceda, os guarde en el camino, y os introduzca en el lugar que os he preparado. Respetad y escuchad su voz, y guardaos de despreciarle. (1).

Tobías dijo á su hijo y á su guía: ¡Ojalá sea feliz vuestro viaje: Dios vele en vuestro camino, y su ángel os acompañe! (2). Tobías dijo á su esposa desconsolada por la marcha de su hijo: No llores; nuestro hijo llegará al término de su viaje con buena salud, volverá entre nosotros de la misma manera, y tus ojos le verán; porque creo que el ángel de Dios le acompaña, que todo lo dispondrá en su favor, y que por consiguiente volverá lleno de alegría. (*Tob. V. 26-27*). ¡Hállese el ángel santo del Señor en vuestro camino, y el os preserve de todo peligro! dijo Raquel al hijo de Tobías cuando partió para volver á la casa de su padre. (3).

Los ángeles, dice la Escritura, están de pié ante el Señor. Estar de pié ante Dios significa: 1.º que los ángeles se dirigen á Dios y le piden su divina luz para conocer su voluntad en sus funciones; 2.º que le ofrecen las buenas obras, los sacrificios, las limosnas y las oraciones de los hombres; 3.º que están prontos á obedecer al Señor, como soldados preparados al combate y como servidores; 4.º que

Funciones del ángel de la Guarda.

(1) *Eecce ego mittam angelum meum, qui precedat te, et custodiat in via, et introducat in locum quem paravi. Observa enim, et audi vocem ejus, non contemnendum patet.* XXXIII. 20-21.

(2) *Hinc ambuletis, et sit Deus in itinere vestro, et angelus ejus comitetur vobiscum.* V. 24.

(3) *Angelus Domini sanctus sit in itinere vestro, perducatque vos incolumes.* Tob. x. 11.

asisten á los juicios de Dios defendiendo la causa de los hombres contra las acusaciones de los demonios, y aguardando la sentencia; 5.º que permanecen delante de Dios para alabarle, para contemplar su divina faz y gozar con esta vista de una felicidad suprema. Están siempre delante del Señor, porque no cesan de disfrutar de su presencia.....

Observad: 1.º la dignidad del alma, puesto que se le ha destinado un ángel para guardarla...; 2.º la humildad del ángel en bajarse hasta nosotros...; 3.º su caridad...; 4.º nuestra felicidad...; 5.º la bondad de Dios.....

Felicidad y ventajas que nos proporcionan los ángeles.

La presencia de los santos ángeles, dice S. Antonio, es dulce y amable: no riñen, no gritan, no hablan; sino que, silenciosos, con bondad y dulzura se apresuran á derramar en nuestros corazones la alegría, el entusiasmo y la confianza; porque el Señor, que es el manantial de toda alegría, está con ellos. Entonces nuestro espíritu sin turbación, ántes al contrario, sereno y tranquilo, queda iluminado con sus resplandores: entonces el alma, llena del deseo de las celestiales recompensas, buscando romper, si pudiese, la cárcel de su cuerpo y gimiendo bajo el peso de sus miembros, se apresura á ir con los ángeles al cielo. La bondad de los ángeles es tan grande, que si alguien, atendida la fragilidad de la condición humana, queda deslumbrado por su brillantez, alejan en seguida este temor y todo terror.

El mismo Santo indica las señales por las que puede reconocerse la presencia de los ángeles malos, que son los demonios. Cuando los malos espíritus están presentes, dice, los rostros se ponen tristes; se oyen ruidos horribles; estamos asaltados de pensamientos abominables; somos víctimas de movimientos desordenados, y el alma tiene y experimenta cierto estupor. Excitan el ódio, el pesar, el disgusto; traen á la memoria el recuerdo del mundo; despiertan el sentimiento de haberle abandonado; hacen temer la muerte; inflaman la concupiscencia y hacen experimentar cansancio en la virtud; embotan el corazón. Pero si después del temor vienen la alegría, la confianza en Dios y la caridad, sabed que vuestro ángel bueno está allí; él es quien os socorre, él quien os inspira y os dirige. (*In vit. patr.*.)

Dios vivo me es testigo, dijo Judith después de haber cortado la cabeza de Holofernes, que su ángel me ha guardado cuando he salido de la ciudad, durante mi permanencia en el campo, y á mi regreso: el Señor no ha permitido que yo, servidora suya, haya sido manchada, sino que me ha permitido volver á vosotros sin que haya sufrido ninguna mancha, llena de alegría por la victoria que me ha dado, por mi salvación y vuestra libertad. (*Judith XIII. 2.*)

Cuando Judas Macabeo y los suyos iban á combatir bajo los muros de Jerusalem, un ginete le salió al encuentro: iba con su vestido blanco, tenía armas de oro y agitaba su lanza. Entonces todos bendijeron juntos la misericordia del Señor, llenos de confianza y pron-

tos á desafiar no sólo á los hombres, sino á las bestias más feroces, despreciando los muros de hierro. Iban pues apresuradamente ayudados del cielo, y el Señor, infinitamente bueno, velaba por ellos. Se precipitaron como leones sobre sus enemigos, y los destruyeron. (*II. Mach. XI. 8-10.*) En efecto: no hay obstáculos, insuperables, seres invencibles, nada imposible, nada difícil para un ángel.

Un ángel bajó hácia Azarias y sus compañeros en el horno, y apartó la llama, hizo soplar un viento fresco como la brisa de la mañana, y el fuego no les alcanzó ni les causó el menor mal. (*Dan. III. 49-50.*) Entonces Nabucodonosor, rompiendo el silencio, exclamó: Bendito sea el Dios de Sidrach, de Misach y de Abdenago; ha enviado á su ángel, y libertado á sus servidores que creyeron en él. (*Dan. III. 95.*)

El Dios á quien sirvo, dice Daniel en la fosa de los leones, ha enviado á su ángel, ha cerrado las fauces de las fieras, y no me han hecho daño alguno. (*Dan. XI. 22.*)

San Pedro es aherrojado; baja su ángel, ilumina la cárcel, rompe las cadenas del príncipe de los apóstoles, abre las puertas y le dice: Levántate presto y al punto se le cayeron las cadenas de las manos. Puesto Pedro en libertad, y desaparecido de su vista el ángel, vuelto en sí dijo: Ahora veo que el Señor ha enviado á su ángel, me ha libertado de la mano de Herodes y de la expectación de todo el pueblo judaico.

Dios ha mandado á sus ángeles que os cuiden. (*Psal. XCIII.*) ¡Cuánto respeto y reconocimiento deben inspiraros estas palabras! dice S. Bernardo: ¡cuánta confianza deben daros hácia vuestro ángel de la guarda, cuánto respeto por su presencia, cuánto reconocimiento por su benevolencia, y cuánta confianza por sus desvelos! No hagais delante de él lo que no os atreveriais á hacer delante de mí. (*Quantum tibi debet hoc verbum inferre reverentiam, asserre devotionem, conferre fiduciam! Reverentiam pro presentia, devotionem pro benevolentia, fiduciam pro custodia. Tu ne audeas, illo presente, quod, vidente me, non auderis.*) (*In Psal. XC. Serm. XII.*)

Lo que debemos á los ángeles de la guarda.

Señor, dice el Salmista, haré oír los cánticos en vuestra gloria á presencia de los ángeles: *In conspectu angelorum psallam tibi.* (*CXXXVII. 2.*)

Enviaré á mi ángel delante de vosotros, dice el Señor: respetadle, escuchad su voz y no le despreciéis, porque si haceis algun mal, no os lo pasará, y en él se halla el nombre mío. Y si escuchais su voz y observais mis mandamientos, seré el enemigo de vuestros enemigos, y alligará á los que os alijan. (*Exod. XXIII. 21-22.*)

Como los ángeles se ocupan en iluminarnos, en purificarnos y en hacernos perfectos, debemos corresponder á sus bondades...; debemos llevar una vida santa, tener costumbres puras, vivir en nuestro cuerpo como en un cuerpo que no nos perteneciese, ser, en una

Qué vida debemos llevar en su presencia.

palabra, ángeles en la tierra á fin de merecer estar reunidos con ellos en la mansion de la gloria. S. Pablo nos lo dice: Ya no sois extraños ni advenedizos, sino que pertenecéis á la ciudad de los Santos y á la casa de Dios: *Jam non estis hospites et advena, sed cives sanctorum, et domestici Dei.* (Eph. II. 19.)

Es preciso no perder de vista la presencia de nuestros ángeles custodios; debemos rogarles, hablarles á menudo y darles gracias.....

Es preciso no entristecerles ni afligirles con nuestros pecados..... Los ángeles de la paz, dice Isaías, lloraban amargamente: *Angeli pacis amare flebant* (XXXIII. 7). Evitémosles esas lágrimas amargas, seamos su alegría.....

Así como el humo ahuyenta á las abejas, dice S. Basilio, y el mal olor á las palomas, así el pecado, esta llaga miserable y asquerosa, aleja de nosotros al ángel custodio de nuestra vida: *Sicut fumus apes, et fœtor columbas fugat, sic miserabile et putidum peccatum repellit vitæ nostræ custodem angelum.* (In Psalm.). Huyamos pues del pecado y evitémoslo, ya que es el enemigo mortal de Dios, de los ángeles y de los hombres.

APÓSTOLES (LOS).

JESUCRISTO escogió doce apóstoles, y tan sólo doce, para representar á los doce patriarcas hijos de Jacob. Y como los doce patriarcas fueron los padres del pueblo judaico, los doce apóstoles han sido los padres espirituales del pueblo cristiano.

Porque los apóstoles son en número de doce.

Este número de doce, dice Santo Tomás (*Caten. aur.*), estaba significado por los doce hijos de Jacob, por los doce principes de los hijos de Israel, por las doce fuentes de Elim, por las doce piedras del Racional, por los doce panes de proposición, por los doce espías, por las doce piedras tomadas en el Jordán con las cuales se construyó un altar, por los doce hueyes que sostenian la fuente de bronce, por las doce estrellas que forman la corona de la Esposa de que nos habla el Apocalipsis, por los doce fundamentos de la ciudad celestial, por las doce puertas de la Santa Sion.

Comentando aquellas palabras de S. Lucas (VI): *Jesucristo escogió doce apóstoles etc.*; dice S. Agustín: ¡O misericordia inmensa del Arquitecto divino! Sabía que si escogía un senador, éste le diría: He sido elegido por causa de mi dignidad; si hubiese escogido á un rico, éste rico le habria dicho: Mi fortuna es la que me ha hecho elegir; si se hubiese dirigido á un rey, éste habria pensado: Mi poder ha hecho recaer en mí la eleccion. Un orador habria creído que á su elocuencia debía el ser elegido; un filósofo lo hubiera atribuido á su sabiduría. Traedme luego á aquellos pescadores. Venid vosotros, pobres; nada teneis, nada sabeis, seguidme; dejad de ser pescadores de peces. Los pescadores dejan sus redes, reciben la gracia, y se convierten en mensajeros de la buena noticia; bien pronto el universo oye la voz de los pescadores, lee sus cartas, les obedece, y los grandes oradores, los sabios, los ricos y los reyes inclinan la frente y se someten. (*Civit. Dei*).

Porque escogió Jesucristo á unos pobres.

Dios, dice S. Pablo á los Corintios, ha escogido á los ménos entendidos segun el mundo, para confundir á los sabios; ha escogido á los débiles segun el mundo, para confundir á los fuertes; ha escogido á los más viles, á los más despreciables segun el mundo, y á los que no eran nada, para venerar á los más grandes; y esto á fin de que ningun hombre se jacte delante de él: *Quæ stultia sunt mundi, elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.* (I. I. 27). *Et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt, destrueret.* (Ibid. 28). *Ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus.* (Ibid. 29).

El mundo tiene la costumbre de admirar tres cosas: la sabiduría, el

poder, y la nobleza. Dios las desprecia todas tres en la vocacion de los hombres á la fe, á la justicia y á la salvacion. Hasta va á escoger tres cosas distintas de las que gustan al mundo. Escoge á los menos sabios segun el mundo, á los menos poderosos, á los últimos del pueblo, á fin de manifestar que su obra era divina. Más tarde, niños y jóvenes y débiles vírgenes vencerán á los reyes, á los tiranos y á los suplicios.

Vida de los apóstoles.

Los apóstoles vivían sobre la tierra, y sin embargo todas sus obras fueron superiores á las que vemos en la tierra, dice S. Gregorio: *In terra viventes, extra terram fuit omne quod egerunt.* (Homil. in Evang.) Aunque revestidos de un cuerpo de carne, dice S. Pablo, no militamos segun la carne: *In carne ambulantes non secundum carnem militamus.* (I. Cor. X. 3). Viven pobres, no desean ni buscan nada en la tierra: han muerto para todo, para no vivir más que de Dios y por Dios. Son antorchas que brillan por medio del buen ejemplo; derraman en todas partes el buen olor de Jesucristo, convirtiéndose en imitadores suyos.

Los apóstoles no vivían para sí, no morían por ellos mismos, sino que vivían y morían por Jesucristo, que en favor suyo había dado su vida. Vivían y morían por la salvacion de las almas. Su vida, su doctrina y su muerte nos instruyen y nos dicen de qué modo debemos creer, vivir y morir.

Su vida estuvo llena de todas las virtudes, de las más sublimes virtudes; ellas dirigieron sus actos de cada día y de todos los instantes; y ellos vivieron y murieron mártires de la más ardiente caridad.

Calo de los apóstoles, y maravillas de que son autores.

Los apóstoles son los grandes fundadores de la Iglesia; son sus principales oradores, la trompa del Evangelio, la poderosa voz del Verbo, el armonioso instrumento del Espíritu Santo, la copa llena de divina gracia, los mejores soldados de Jesucristo, los guías seguros del pueblo cristiano, el lugar de las delicias en donde Dios sentó su morada, la canal por cuyo medio nos ha venido la fe, una miel embriagadora, una fortaleza de paciencia, los hijos del consuelo, los maestros de la piedad, las columnas y el sosten del cristianismo, una torre inexpugnable, una base segura, un muro indestructible, un puerto para los naufragos, los arquitectos más hábiles y más nobles; llevan una vida de pureza, tan bella como la de los ángeles; son el socorro de los pobres, el consuelo de las viudas, los tutores y los padres de los huérfanos. Son el tesoro de los misterios de Jesucristo, los médicos del universo enfermo y agonizante, los celosos pastores del rebaño fiel, los conductores de las naciones, el receptáculo de las virtudes celestiales, vasos de eleccion, y templos del Espíritu Santo. Animados por Jesucristo, le conquistaron el mundo.

Isaías, que había visto los apóstoles á la luz de las revelaciones

proféticas, exclamaba trasportado de alegría: ¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian la paz y la felicidad, y predicán la salvacion! *¡Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!* (LII. 7).

Los pies de los apóstoles son dignos de alabanza: 1.º á causa de la velocidad con la cual recorrieron el mundo entero...; 2.º á causa del valor que los dirigió...; 3.º por su blancura sin mancha...; 4.º por su radiante y celestial hermosura.

Y fué en memoria de las palabras de Isaías, dice Origenes, que Jesucristo lavó los pies de sus apóstoles. (Homil. II.)

Así como la primavera hace renacer, germinar y florecer la naturaleza, la venida de Jesucristo y de los apóstoles resucitó al mundo, y le hizo producir en abundancia las flores y los frutos de las más sublimes virtudes....

Los apóstoles, dice S. Crisóstomo, fueron los predicadores de Jesucristo, los defensores de la verdad, los atletas de Dios, los órganos del Espíritu Santo, los jefes prepuestos en defensa de la Religion, los principes de la Iglesia, los pontífices de la santidad. (1).

Me servireis de testigos, dice Jesucristo á sus apóstoles, hasta los confines del mundo: *Eritis mihi testes usque ad ultimum terræ.* (Act. I. 8). Me servireis de testigos con vuestros milagros, con la santidad de vuestra vida, con vuestra predicacion, y con la eficacia de vuestra sabiduria, no humana, sino divina.

Jamás se ha visto nada comparable con los apóstoles, prosigue S. Crisóstomo: ministros de la palabra de Dios, sus manos tocaron al Verbo divino, y le siguieron en sus predicaciones, comieron con él, y oyeron mil veces la voz de Aquel que con una sola palabra todo lo creó. Envolvieron al mundo entero con sus palabras, de la misma manera que se coge á un pez con ayuda de unas redes. Recorrieron todo el universo: arrancaron los errores y la zizaña; derribaron los altares y destruyeron los templos de las divinidades paganas; aniquilaron á los ídolos como á otras tantas fieras devoradoras; arrojaron á los demonios, lobos furiosos; reunieron al rededor de ellos una iglesia numerosa, como el pastor reúne un rebaño de corderos; agruparon á los fieles, como granos de trigo de Dios; echaron á lo lejos las herejías, como paja destinada al fuego; hicieron del judaismo una yerba cortada y seca; redujeron á cenizas las escuelas de los filósofos; labraron y cultivaron la naturaleza humana con el arado de la cruz, y esparcieron en ella la palabra de Dios como una simiente celestial. (Ibid).

Los apóstoles, prosigue todavía aquel sublime doctor, eran víñadores, pescadores, fuertes columnas, médicos, guías, doctores, puertos, pilotos, pastores, atletas, guerreros, vencedores. Son el sosten de la Iglesia, son la base del edificio. Jesucristo dijo á S.

(1) Fuerunt Apostoli presones Christi, pugiles vestitus, adhecti Dei, organa Spiritus Sancti, religionis principes, Ecclesie principes, sanctitatis antistes, In Homil. octo.

Pedro: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia. Son puertos seguros; porque pueden poner al abrigo de las tempestades del infierno, del crimen y de la impiedad. Son pilotos: han conducido al mundo entero por la vía de la justicia. Son pastores: han abuyentando á los lobos y conservado á las ovejas. Son labradores: han arrancado las espigas del campo del Señor. Son viñadores: han plantado la vid de la piedad y de la virtud, y de esta vid es de la que sale el vino que hace vírgenes. Son médicos; porque han curado al género humano. Son guerreros: han derrotado á los ejércitos del infierno. Son vendedores: han triunfado del demonio, del mundo, de las pasiones y de los vicios. (*Ibid.*).

El ruido que han hecho los apóstoles, dice el Salmista, se ha extendido por todo el universo, su voz ha resonado hasta las extremidades de la tierra: *In omnem terram exiit sonus eorum, et in fines orbis terra verba eorum.* (XVIII. 4). Los apóstoles son justamente comparados con los cielos que proclaman la gloria de Dios: *Cæli enarrant gloriam Dei.* (Psal XVIII. 1). Porque se elevan sobre la tierra por medio de la contemplación; tienen la inmensidad del amor, la luz de la sabiduría, la seguridad de la paz, el movimiento rápido de la inteligencia y de la obediencia; derraman la lluvia fecunda de la enseñanza; hacen oír el trueno de las reprensiones; brillan como el relámpago con sus milagros; el rayo que lanzan, aplasta el vicio y aterroriza al infierno; en fin, procuran á la tierra bienes infinitos, sin pedirle nada, y movidos tan sólo de la liberalidad más pura.

Con su vida, con su predicación y sufrimientos, los bienaventurados apóstoles, dice S. Bernardo, nos han enseñado á practicar la prudencia, la sabiduría y la paciencia: *Etenim in conversatione continentiam, in predicatione sapientiam, in passione sua patientiam nobis beati apostoli contulerunt.* (Lib. Consid.).

Se lee en la Escritura que el profeta Elias se levantó como un fuego, y sus palabras eran como ardientes teas: *Et surrexit Elias propheta, quasi ignis, et verbum ipsius quasi facula ardebat.* (Eclí. XLIII. 1). Elias fué el tipo de los apóstoles, de aquellas flechas de fuego lanzadas por el arco extraordinariamente tendido por Jesucristo crucificado, flechas que hirieron á los hombres, atravesándoles, y encendiendo en su corazón el amor á Dios, á tenor de aquellas palabras del Salmista: Hará llover sobre sus enemigos flechas abrasadoras. *Sagittas suas ardentibus effecit.* (VII. 14). El arco, dice S. Agustín, es la fuerza del nuevo Testamento, que ha sujetado la dureza del antiguo. Los apóstoles son llamados flechas, porque transmiten los divinos oráculos que hieren los corazones y los llenan de amor á Dios. No con otra flecha estaba herida la Esposa de los Canticos, cuando exclamaba: Estoy herida de caridad. (II. 5). Las flechas del Omnipotente son agudas y abrasadoras, dice el Salmista. (CXIX. 4). En efecto: los que están heridos con estas flechas y abrasados de amor á Dios, desprecian los vanos discursos y los esfuerzos de cual-

quiera que pretenda detenerles; dicen con S. Pablo: ¿Quién me separará del amor á Jesucristo? (Rom. VIII. 35.—S. Agust. in his verbis psal.: *Sagittas suas ardentibus effecit.*)

¿Quiénes son aquellos, pregunta Isaías, que vuelan presurosos como nubes y como palomas que se dirigen á su asilo? *Qui sunt isti, qui ut nubes volant, et quasi columbae ad fenestras suas?* (LX. 8).—Por estas nubes y estas palomas, S. Gregorio, S. Jerónimo y otros Padres entienden los apóstoles. Porque, 1.º como las nubes que se elevan de la tierra al cielo, los apóstoles han sido elevados hasta Dios, y refieren su gloria todavía más con su vida que con sus palabras; 2.º así como las nubes son los receptáculos del rocío, y dejan caer la lluvia sobre la tierra á fin de fecundizarla, los apóstoles son las canales de la gracia de Dios; derraman la lluvia de su palabra en las almas, y ésta les hace producir buenas acciones; 3.º así como las nubes son la obra del sol que las reúne y las condensa, á fin de regar la tierra, así también los apóstoles son la obra de Dios que les comunica el fuego y la fecundidad espiritual, á fin de que la derramen en los corazones; 4.º de la misma manera que las nubes se encuentran á menudo mezcladas con el trueno y el rayo, así también los apóstoles unen á sus dulces exhortaciones las amenazas y el ruido de la cólera y de la venganza divina. Esta comparación es de S. Agustín. (*In Psal.*)

Escuchad ahora á S. Gregorio: Los apóstoles, dice, son llamados nubes, porque dejan caer la lluvia de sus predicaciones, y hacen brillar los relámpagos de sus prodigios. Vuelan como nubes; están más bien en el cielo que en la tierra; no la tocan más que con el extremo de sus piés; su espíritu, su alma y su corazón están en el cielo. (*Moral.*)

Enviarte, dice el Señor por boca de Jeremías, á unos pescadores que les cogerán en sus redes: *Ego mittam piscatores, dicit Dominus, et piscabuntur eos.* (XVI. 16). Y Jesucristo dijo á sus apóstoles: Seguidme y os convertiré en pescadores de hombres: *Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum.* (Matth. IV. 19). Y estos divinos pescadores han envuelto á los hombres; les han sacado del océano del crimen y de la muerte, les han devuelto la vida, y les han puesto en el reino de la felicidad eterna.

El sol en su carrera ilumina el universo; lo mismo hacen los apóstoles. Jesucristo, dice S. Crisóstomo, hizo radiar en todas partes á sus apóstoles, como el sol hace radiar su luz. Todas sus acciones brillaron como los astros: *Omnia illorum facta, tanquam sidera effulserunt.* (In Matth. c. X.). Por esto Jesucristo les decía: Vosotros sois la luz del mundo: *Vos estis lux mundi.* (Matth. V. 14.) Mirad, contemplad los astros, y pasmaos de su esplendor: *Intuere astru hæc, et illorum splendorem obstupesce.* El cielo, continúa este grande doctor, ha bajado á la tierra: *Cælum factum est terra.* Y en efecto: ¿que estrellas brillan como los apóstoles? *Quæ enim tales stella sicut apostoli?*

Luz que derraman los apóstoles.

Las estrellas están debajo del firmamento; y los apóstoles se elevan sobre el cielo. Las estrellas resplandecen con un fuego material ó insensible; los apóstoles derraman una luz espiritual que da la inteligencia. Las estrellas brillan durante la noche, pero quedan oscurecidas durante el día; los apóstoles brillan con sus virtudes noche y día; brillan en la noche del tiempo, y brillarán para siempre en el gran día de la eternidad. Las estrellas se oscurecen á la salida del sol; pero el brillo de los apóstoles no se apaga ni aún en el momento en que resplandece Jesucristo, el sol de justicia. Las estrellas, el día de la resurrección, caerán como las hojas; el día de la resurrección los apóstoles serán llevados por los aires encima de las nubes. (1). El pueblo que andaba en las tinieblas, vió una gran luz dice Isaías: vieron claro los que habitaban la region de las sombras de la muerte: *Populus qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam; habitantibus in regione umbræ mortis, lux orta est eis.* (IX. 2). Esta inmensa luz de que nos habla el Profeta, es Jesucristo, y después los apóstoles.....

Como su divino Maestro, los apóstoles eran la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: *Erat lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (Joann. I. 9.) Jesucristo es el camino, la verdad y la vida: los apóstoles enseñan y manifiestan al mundo este camino, esta verdad y esta vida.

Misericordia y bondad de los apóstoles.

Estos hombres son hombres de misericordia, cuyas obras de piedad no han caído en olvido: *Illi viri misericordiæ sunt, quorum pietates non defuerunt.* (Ecl. XLIV. 10).

Nuestra madre la Santa Iglesia, hermanos míos, aplica muy justamente á los apóstoles las palabras que anteceden. Ellos son, en verdad y de un modo cabal, hombres de misericordia; ya porque han recibido misericordia, ya porque, llenos de compasión, la derraman sobre los hombres, ó también porque Dios nos los ha enviado como prueba de su perdón; son hombres llenos de bondad, dados á la Iglesia toda. No han cesado de consolar, de enjugar lágrimas, de aliviar, de instruir, de ilustrar, de curar, etc. (*Serm. in festo. SS. Petri et Pauli.*)

Se han acordado de las palabras de su divino Maestro: No corteis la caña medio rota; no apagueis la mecha que todavía humea; perdonad siempre; yo no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores.... Todo lo sacrifican para conquistar corazones á Jesucristo..... Sólo la caridad y la misericordia les lleva á sacrificarse cada día por la salvación de todos los hombres. Se compadecen de

(1) Stelle in celo; apostoli super celos. Stelle de igne insensibili; apostoli de igne intelligibili. Stelle in nocte lucent, in die obscurantur; apostoli, in die et nocte suis radiis, hoc est virtutibus, effulgent. Stelle, orto sole obscurantur; apostoli, sole justitie resplendente, suis claritate lucescent. Stelle in resurrectione cadent sicut folia; apostoli in resurrectione rapiuntur in aera in nubibus. *Homil. de Pentecost.*

todas las miserias, de todas las enfermedades; mezclan sus lágrimas con las de los que lloran.....

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella, dice Jesucristo al jefe de los apóstoles: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam; et portas inferi non prevalebunt adversus eam.* (Matth. XVI. 18). Y te dará las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares en la tierra, será también ligado en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra, será también desatado en los cielos. (Matth. XVI. 19). Ved ahí, les dijo á todos, que os doy poder para andar sobre serpientes y escorpiones, y pisotear la fuerza del enemigo; nada os dañará. (*Luc. X. 19*). Os hallaréis revestidos con la fuerza que viene de lo alto, añade todavía. (*Luc. XXIV. 49*).

El Señor, dice S. Agustín, dió á sus apóstoles poder sobre la naturaleza para que la curasen; sobre los demonios para derribarlos; sobre los elementos para cambiarlos; sobre la misma muerte para que no le concedieran más que desprecio; y les hizo en fin más poderosos que los ángeles, para que consagrasen el cuerpo del Señor: *Dedit Dominus apostolis potestatem super naturam, ut eam curarent; super demones, ut eos evertent; super elementa, ut ipsa immutarent; super mortem, ut eam contemnerent; super angelos, ut corpus Domini consecrarent.* (In Serm. de Apostolis).

Son omnipotentes en palabras y en obras. Como su divino Maestro, dan vista á los ciegos, oído á los sordos, habla á los mudos; enderezan á los cojos; curan, sólo con su sombra, toda clase de enfermedades; mandan á las tempestades, y resucitan los muertos; hacen temblar á los reyes, y palidecer á los tiranos. Derrotan el infierno, destrozan los ídolos, derriban los templos paganos, cambian los lobos en corderos, convierten las naciones y hablan todas las lenguas. No temen ni amenazas, ni cadenas, ni cárceles, ni suplicios, ni muerte. Aquellos doce hombres sin armas, sin dinero, sin apoyo, sin soldados, son más fuertes que todos los ejércitos y que el mundo entero.....

Los apóstoles, dice S. Bernardo, tocan la trompa de la salvación; resplandecen sus milagros, y el mundo cree; lo que dicen, se cree pronto que es verdad, porque lo manifiestan con prodigios que sorprenden al entendimiento: *Insonat tuba salutaris; coruscant miracula, et mundus credit; cito persuadetur quod dicitur, dum, quod stupetur, ostenditur.* (Serm. XXVII. in Cant.).

Es fácil vencer á un numeroso ejército, dice Judas Macabeo; y ante el Dios del cielo no hay diferencia entre un número mayor y otro más pequeño. Porque la victoria no está en el gran número de soldados, sino en la fuerza que viene de arriba. (I. II. 18-19).

Así Gedeon dispersó á ciento veinte mil Madianitas con trescientos hombres desarmados. Abraham, con trescientos hombres, venció también á cuatro reyes. Judith derribó á Holofernes, David á Goliath.

Poder de los apóstoles.

Duración de los
beneficios de
los apóstoles:

Los apóstoles, llenos de bondad, de gloria y de poder, no han dejado ni dejarán nunca de rogar por toda la Iglesia, ni de protegerla, dice S. Bernardo. Sus ejemplos atraviesan los siglos, y la religión que han establecido en nombre de Dios, no puede ser destruida, cimentada como está sobre una roca. (*Serm. XXVII. in Cant.*).

Todos sus bienes seguirán en manos de su posteridad; sus nietos son una herencia santa; y, á causa de ellos, sus hijos jamás perecerán, dice el Eclesiástico: *Cum semine eorum permanent bona, hæreditas sancta nepotes eorum; et filii eorum propter illos usque in æternum manent.* (XLIV. 14-13).

AVARICIA.

Las riquezas, dice S. Ambrosio, se llaman así porque dividen y desgarran el alma: *Divitiæ dictæ sunt, eo quod dividant, distrahantque mentem.* (Serm. V). ¿Qué es avaricia?

La palabra avaro significa ávido de oro, dice S. Isidoro: *Avarus, quasi auri avidus.* (Lib. X. Origine).

Ser avaro, dice S. Agustín, no es sólo amar el dinero, sino perseguir algo con immoderado ardor. Cualquiera que desee más de lo que necesita, es avaro. (1).

No amontoneis tesoros en la tierra, dice Jesucristo en S. Mateo, porque en ella los devoran el moho y la polilla, y los ladrones los desentieran y roban: *Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra, ubi arugo et tinea demolitur, et ubi fures effodiunt et furantur.* (VI. 19). Observad estos tres géneros de destrucción: la polilla echa á perder los vestidos, el orin consume el hierro, y los ladrones roban el oro y la plata. Jesucristo aparta al hombre del amor de las riquezas por tres motivos: 1.º porque pasan y se corrompen; 2.º porque ciegan el espíritu; y 3.º porque se apoderan del alma entera, y la impiden servir á Dios.

Locura de la
avaria.

¿Qué locura, exclama S. Crisóstomo, colocar vuestros tesoros en un lugar que debéis abandonar, y no enviarlos allí á donde habeis de ir! Amontonad riquezas en el lugar de vuestra patria. (2).

Los campos de un hombre rico habian producido muchísimos frutos, dice Jesucristo, y el rico, meditando, decía para sí: ¿Qué haré? No sé dónde encerrar mi cosecha y todos mis bienes. Pero ya sé lo que he de hacer: derribaré mis graneros, construiré otros mayores, y reuniré en ellos mis frutos y mis bienes, diciendo á mi alma: Alma mía, tienes muchos bienes reunidos para muchos años; descansa, come, bebe y alégrate. (*Luc. XII. 16-19*). Pero Dios le dijo: Insensato, esta misma noche van á pedirte tu alma; y las cosas que tienes, ¿de quién serán? *Dixit autem Deus: Stulte, hæc nocte animam tuam repetunt á te; quæ autem parasti, ¿cujus erunt?* (XII. 20). Tal será la muerte del que acaudala mucho oro y no es rico en Dios: *Sic est qui sibi thesaurizat, et non est in Deum dives.* (XII. 21).

(1) Avaritia non in solo argento, sed in omnibus rebus, que immoderate cupiuntur, intelligenda est; ubicumque omnino plus vult quisque, quam sat est. *In Peal.*

(2) ¿Qué stultitia illic relinquere: unde exiturus es, et non illic pramittere quo iturus es! *Thesauriza ubi patriam habes. Homil. XLVIII.*